

Mercedes Rodríguez Abascal

La
jauría
errante
de los recuerdos



Bon
Art
Ediciones

La jauría errante de los recuerdos

Rodríguez Abascal, Mercedes

La jauría errante de los recuerdos / Mercedes Rodríguez Abascal. -- Ciudad de México : Ediciones Bonart, 2024

320 pp. ; 15 x 23 cm. -- (BonArt)

ISBN 9786078956517 (impreso)

ISBN 9786078956524 (ePub)

ISBN 9786078956531 (pdf)

I. Novela Mexicana – siglo XXI. I. t.

LC: PQ7298.15 R

DEWEY: 863.7 R



La jauría errante de los recuerdos

Primera edición: 2024

De la presente edición:

D. R. © 2024, Mercedes Rodríguez Abascal

D. R. © 2024, Bonilla Distribución y Edición, S.A. de C.V.

Hermenegildo Galeana #116, Barrio del Niño Jesús,

Tlalpan, 14080, Ciudad de México

editorial@bonillaartigaseditores.com.mx

www.bonillaartigaseditores.com

ISBN 978-607-8956-51-7 (impreso)

ISBN 978-607-8956-52-4 (ePub)

ISBN 978-607-8956-53-1 (pdf)

Cuidado de la edición: Bonilla Artigas Editores

Responsable de la colección: André Urzúa Plá

Diseño de portada: D. C. G. Jocelyn G. Medina

Formación de interiores: D. C. G. Saúl Marcos Castillejos

Impreso y hecho en México / Printed in Mexico

Todos los Derechos Reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito de los editores.

Mercedes Rodríguez Abascal

La jauría errante de los recuerdos

Ediciones
Bon
Art



Contenido

I	13
La Mulata	23
Le llamaremos Boris	45
Acción	49
Fraternidad	55
El Cojo	61
Alas de polilla	65
Visitas familiares	73
La Mulata y Festo	81
Acqua	85
Briseida	89
Informe sobre Boris	93
Boris amigo de El Cojo	95
Boris consigue trabajo	103
Estatua de hielo	109
Festo y “el cubo de hielo”	115
La imposibilidad del deseo	117
Oficina de Próspero	121

Acqua con todas sus luces	127
Sesión con La Mulata. La obsesión	159
Tras los pasos de un gato	173
Despedida de Lupe	187
Confesiones en barra de cantina	189
Aracné	201
Después de la lujuria	213
Diálogo de Boris y Acqua sobre el amor	223
Mariposas de amor y muerte	233
El silbido imaginario de un tren	245
Digresiones de un falso <i>gentleman</i> burgués	259
Franco jefe de la tribu	267
Boris en crisis de falso poeta	281
Briseida se acompaña con cervezas	285
Orífice	289
Talón de Aquiles	295
Cantos de Maldoror	297
Final de las sesiones con La Mulata	305
Jardinería	309
Despedida	315
Dolor de cabeza	317

A Jorge y Pablo.

*Le vi inclinar la frente como para invocar,
mediante una orden solemne,
la jauría errante de los recuerdos.
No me atreví a interrumpirlo en esa
tarea sacramente arqueológica:
sumergido en el pasado, se parecía a un escollo.*

Cantos de Maldoror. Conde de Lautréamont



I

Basta un mal sueño para romper la rutina. Franco intentó que la mala noche no alterara la mañana. Desayunó café con pan, después de darse un baño, salió hacia la plaza de los Desempleados. Tardó en agarrar la marcha, por primera vez le pesaba la profesión del Desempleo, se defendió con la apología del trabajo sin horarios y ser su propio jefe; pero ese día, le incomodaron los mismos hábitos. Aligeró el paso y pensó que la libertad era también elegir la rutina que más le acomodase.

En la plaza se encontró con los colegas, agradeció que sus compañeros de trabajo portaran tan buen semblante, lo atribuyó a la falta de jerarquía laboral. Unos ladridos disturbaban la armonía de la plaza. Malhumorado se apartó del lugar para no escuchar a los perros.

Caminó varias cuerdas para alejarse del barrio. Las aceras anchas y arboladas le daban la pauta para saberse en un suburbio de gente adinerada, caviló que con un trabajito bien cobrado estaría libre toda la semana. Se acercó a una casa que más parecía un templo griego. Antes de tocar el timbre la puerta se abatió y una jauría corrió en desbandada, apenas tuvo tiempo de quitarse para no ser arrollado. Reconoció al perro guía: la mascota de su infancia, un animal sin raza, pequeño y melnudo. Atrás de él, le seguían otros cinco perros de mayor tamaño, también de raza criolla que utilizaba el jardinero como animales de guardia que meneaban la cola ante cualquier intruso. Tras de ellos, con mayor arrebato, salió una nueva jauría: canes negros y bravos, de gran envergadura y

aristocracia. Franco recordó el sueño que lo hizo dormir inquieto: él era el perrero en una cacería al más puro estilo inglés, pero con nopaleras por paisaje, a su cargo tenía la jauría de caza con los perros de su infancia. Franco sostenía con fuerza las correas de los ansiosos animales que esperaban el sonido del olifante para ir por la presa; pero en lugar de que salieran a su orden, los perros rompían las ataduras para correr desenfrenados fuera del sueño. Franco recordó que despertó y adormilado abrió la puerta del departamento para dejar en libertad a los protagonistas de su pesadilla; que intentó retomar el sueño, pero una risa burlona le atormentó el resto de la noche. Ya no tenía duda, los perros de su infancia estaban libres. Al igual que a la risa burlona del sueño, intentó ignorar el incidente para continuar con el trabajo. Procedió a tocar el timbre:

—¿¡Quién es!?! —gritó una voz femenina.

—Un Desempleado.

—¿Es usted fuerte?

—No estoy nada mal, soy un Desempleado bien ejercitado.

—¿Tiene bastante energía? —preguntó la mujer con voz quejumbrosa.

—Sí, por lo general tengo buena energía —Franco pensó en decirle que había dormido mal y no estaba en el mejor de sus días, pero calló con la esperanza de salir rápido del apuro.

—Pase, la puerta debe estar abierta, mis perros de guardia se liberaron.

La arquitectura de la casa era al estilo de la Magna Grecia, todo equilibrio en mármol blanco: la mesa del comedor, las bancas, las macetas, el piso, el techo; le pareció una casa de hielo pero con frío calcáreo. Subió por unas grandes escaleras del mismo material para escuchar mejor a la mujer que lo llamaba.

—Señor Desempleado, estoy en el cuarto principal. Apúrese —Franco acostumbrado a improvisar cualquier tipo de trabajo, se avisó. Encontró a una mujer mulata en trabajo de parto.

—¡Dese prisa, no ve que estoy pariendo! ¿¡Acaso no es un Desempleado!?

—Sí... pero no soy médico.

—Los Desempleados saben hacer casi cualquier trabajo.

La mujer sudaba y pujaba, de entre las piernas coronó lo que parecía una cabecita pelirroja. Franco, por mero instinto, agarró la pequeña cabeza y tiró con fuerza. La mujer dio un jubiloso grito de alivio.

Franco cargó al bebé, buscó el cordón umbilical mas no lo encontró. No había sangre, ni chillidos; el bebé sonreía. La cara del neonato tenía el semblante de un hombre maduro. Franco, con cierta repulsión, se lo dio a la madre. Ella lo cargó sin falsa emoción materna. Lo miró a la cara y le dijo:

—¡Infeliz, por fin me liberé de ti! Cual si fuese pelota de futbol, le dio una patada. El bebé, a gran velocidad, rompió el cristal de la ventana. Franco incrédulo se asomó para verlo caer, pero en lugar de estamparse en el pavimento, se esfumó entre las nubes. La Mulata advirtió el desconcierto del extraño e intentó explicarle:

—Llevaba años con un Pelirrojo atorado entre las piernas. Por fin me he liberado de él.

Franco había leído en el “Manual del Buen Desempleado” las instrucciones para dar a luz, pero era la primera vez que atendía un parto, y más de aquella naturaleza, aún sentía en sus manos el pellejo baboso del neonato y la cara grotesca del Pelirrojo. La Mulata interrumpió su ensimismamiento y le dio una palmadita en la espalda para que saliese del azoro.

—Su trabajo ha sido estupendo. A veces es necesaria la ayuda de un extraño para sacarse a alguien de entre las piernas. Venga mañana por su pago —. Franco titubeante preguntó:

—¿Podría darme un adelanto? No me siento del todo bien, creo que los años de Desempleado me están cayendo encima.

—Lo siento, pero tengo que buscar dónde he dejado el dinero. De tanto enfrascarme en mí misma he olvidado hasta mis cuentas bancarias.

Franco, resignado, se marchó a casa. Cansado y un poco afiebrado se dio un baño con agua tibia. Durmió de nuevo intranquilo. En la duermevela escuchó los ladridos de los perros, soñó que el Pelirrojo que ayudó a dar a luz se hacía pequeño y que con un bisturí abría su omóplato izquierdo para introducirse a su cuerpo. Con

venas, cartílagos y músculo hacía una especie de jaula para perros. Despertó con el fatigoso cansancio del mal dormir. En el espejo revisó si tenía alguna cicatriz en la espalda. Nada, todo se veía normal. Un dolor le recorrió desde la mano hasta el omóplato. Intentó ignorar el dolor y continuar con su rutina diaria; se dirigió al parque de los Desempleados y luego a casa de La Mulata por su cobro.

Ella lo esperaba sentada en una silla de mármol blanco, Franco admiró el contraste con la piel morena.

—Tome la maleta con el dinero —dijo La Mulata agradecida.

Franco abrió la maleta para contar el sueldo no establecido,

—¡Es demasiado dinero! Si me da todo esto me quedaré sin trabajo. ¿A qué puede dedicarse un Desempleado sin necesidad de empleo?

—Le doy la libertad, usted me sacó al Pelirrojo. Le lloré durante mucho tiempo, no me dejaba dormir, tampoco vivir. Estoy curada, debo encontrar una nueva ocupación. ¿Qué puede hacer un ser humano sin trabajo y ni penas por qué llorar?

—Si quiere le dejo mi puesto de Desempleado.

—Pero no tengo más dinero para pagar semejante servicio.

—Si me deja venir algunas noches a dormir a su lado, me doy por bien pagado.

—Es un buen trato para ambos, creo que ahora, sin extrañar al Pelirrojo, me sentiré sola.

—Me parece acertado su cambio de actitud, pero, ¿no cree que debemos romper el hielo? ¿Puedo besarla?

Ella afirmó con la cabeza, ante la cercanía de Franco sintió que tenía piel además de recuerdos. Se besaron como si firgaran un contrato de amistad, se olvidaron de contar el tiempo, soltaron el cuerpo y un poco el alma; se liaron en un largo, cálido y sólido abrazo. No sabían que ambos estaban tan necesitados de eso. Franco olvidó las aflicciones del cuerpo y el mal sueño; La Mulata olvidó un rato la soledad.

Sin palabras y clichés continuaron los besos, lo más natural fue que les sobrase la ropa. A La Mulata le agradó el cuerpo delgado y fuerte del Desempleado. Franco admiró las curvas canela de la mujer; sus largas y torneadas piernas, la abundancia de sus senos,

un abdomen ligeramente abultado y fuerte, el orificio apretado del ombligo y el escorzo de una marcada cintura armonizando con unas contundentes caderas. Franco no se explicaba cómo de aquel cuerpo curvado hubiese podido salir el rollizo Pelirrojo. Sin complicados juegos de seducción hicieron el amor en el frío mármol de la sala. Franco no tuvo la intención de quedarse a dormir y La Mulata tampoco lo invitó. Se despidieron más con la fraternidad de dos amigos, que con la complicación de dos jugadores de malabares sexuales.

Franco, a pesar del excelente día, se sintió con desánimo y dolor de espalda. Se lo achacó al frío del duro mármol y a las malas noches. Durmió, pero el dolor lo despertó. Escuchaba dentro del cuerpo como si alguien martillara sus huesos, a cada martillazo un dolor intenso recorría su esqueleto. Así pasó varios días sin llevar la cuenta de las malas noches.

Cada mañana despertaba con mayor agotamiento, la maleta retacada de dinero descansaba a lado de la cabecera. A ratos le daba por pensar en futuros viajes, o en el coche que compraría, o en la nueva decoración del departamento; incluso, en las noches perdidas con La Mulata. Todo se quedaba en ensoñación.

Telefonó a un médico para que lo revisara. Ahora se podía dar el lujo de que el hospital fuese a su casa. Disfrutó no tener que hacer largas filas de espera. El médico le diagnosticó un enfriamiento. Debía tomar tres pastillas cada doce horas, ponerse fomentos calientes para sacar el frío del cuerpo. Los honorarios del doctor ascendieron a una cifra descomunal. Franco masculló que valía la pena todo el dinero invertido para quitarse el martilleo del esqueleto.

Franco, no sin gran ardor, se untó el unguento caliente. El cuerpo reaccionó como si alguien enfurecido rasguñara el interior de los músculos. El alivio esperado no llegó, el doctor le prescribió paciencia y reposo.

En su fuga de tiempo inútil recordó antiguas frustraciones, quimeras incumplidas. La familia apostaba a que él fuese un profesional exitoso, pero renunció a eso para dedicarse al oficio del Desempleo, quería gozar de la disposición de horarios, de su vida. En el letargo de la enfermedad y aburrimiento liberó los fantasmas

de la memoria: amigos, familia y añejas frustraciones. Maldijo a la novia que lo cambió por otro. Sintió un rencor nuevo de tan escondido por su padre, y detestó la afición paterna por coleccionar mariposas; a su madre le recriminó su narcisismo. Por primera vez sintió rencor por su hermano Próspero, solía ser el débil y menor de la familia y a pesar de eso tenía miles de condecoraciones militares. Antes de la enfermedad creía tener vida, padres y hermano perfecto, todo marchaba al son de la vida despreocupada del Desempleado, le gustaban sus novias de ocasión, las novelas patafísicas de Boris Vian, el *swing* del jazz y el Do de pecho de su canario. Antes de la enfermedad no había deseado ni ser más alto, ni más bajo, ni más guapo, ni más feo; le complacía la imagen juvenil de su rostro, su cuerpo ágil y recio, le agradaba parecer más joven que sus compañeros, también disfrutaba besar sin esperar compromiso, disfrutaba no llevar reloj y despertarse siempre a la luz de un buen sueño. Ahora detestaba los días soleados y las noches invernales. En el hartazgo, de un librazo mató al canario por desentonar en un Do de pecho de gran dificultad. Víveres y comida los pedía a domicilio, no se molestaba en cerrar la puerta del departamento pues confiaba que nadie creería que un Desempleado enfermo tuviese una fortuna como almohada. El constante ladrido de los perros le crispaba los nervios.

Después de días de relegar la promesa de pasarle la estafeta de desempleo a La Mulata, hizo acopio de la poca fuerza que le quedaba, cargó su maletín de Desempleado e intentó fingir un poco de dignidad. Pidió un taxi para ir a la casa de mármol. Tenía cierta preocupación por la salud de La Mulata que suponía en pleno posparto y con posible contagio de enfriamiento, pero, por el contrario, se encontró con una mujer mulata con espléndido semblante, sin embargo, ella le hizo saber su agobio por no tener trabajo ni oficio. Franco, afebrado y con malestar de cuerpo y alma, agilizó la conversación para terminar la diligencia. Con rapidez le escribió una carta de recomendación dirigida a Damián, un tipo bien conectado en el gremio de los Desempleados. Franco para no cargar de vuelta el maletín se lo regaló con todo y el “Manual del Buen Desempleado” y le dio algunos

consejos prácticos. Franco apresuró la despedida y con ansia loca tomó el taxi para irse a descansar a casa.

Los días se hicieron semanas sin que el dolor amainara. Confinado en la habitación se dedicó a cuidar su cuerpo dolorido. Pasó del sillón a la cama, se untó cremas, tomó píldoras cada hora. Las noches fueron de escarnio, su cuerpo sin cansancio no descansaba. Extrañó los largos recorridos en busca de trabajo. Extrañó sentir hambre y deseo de comer. Extrañó quitarse los zapatos para descansar los pies hinchados por las largas caminatas del oficio. En sueños evocó a sus antiguas amantes, pero ya no tenía fuerza ni imaginación para la lujuria. Evadió las llamadas de su insistente madre y evitó la complacencia de Próspero su hermano.

Sus únicas amistades fueron Depresión y Enfermedad, amigas pequeñas de la Muerte, ellas se adueñaron de su cuerpo y de su mente; se coronaron las dos reinas y se esparcieron como la mancha de café por el mantel.

Después de nueve meses de gestar aquella desolación, el timbre interrumpió el diálogo con su cuerpo maltrecho. El enfermo tardó quince minutos en contestar el interfón.

—¿Quién es?

—Una Desempleada ¿tiene alguna ocupación? —Franco se acordó de su antiguo oficio, echó una mirada al departamento y se percató de la suciedad que lo rodeaba. Pensó que la limpieza y el orden le podrían ayudar para aminorar el peso de la enfermedad.

—Necesito una limpieza profunda del departamento. La puerta está abierta.

A contraluz vio entrar a la hermosa Mulata, estaba más radiante que en el último encuentro, llevaba el pelo lacio hasta la cintura y parecía que una canción le moviese los pasos. Ella no lo reconoció. Hizo la limpieza mientras él se deleitaba con el ritmo cadencioso de las caderas y el trapeador. Por primera vez en meses, sintió una ligera mejoría y se animó a preguntarle:

—¿Me recuerda? Soy Franco, el Desempleado que le ayudó a parir al Pelirrojo.

—Imposible. Ése, era un hombre guapo y agradable, usted es un vago maloliente. La Mulata le escudriñó el rostro y con desconcierto lo reconoció. Ofendida le reclamó:

—Lo esperé por las noches y jamás regresó.

—La culpa la tiene usted, me contagié del demonio Pelirrojo —respondió Franco levantando el tono.

—Imposible, no creo que usted sea su tipo.

—Desde el día que le ayudé a parir estoy enfermo.

—Dese un baño y salga a trabajar, camine por las mañanas y regrese al mundo de los vivos. Contrate un jardinero, ponga plantas y flores. Salga de esa cama que ya tiene su dolor marcado. Y si tiene algo atorado, sáquelo. No sé cómo le hagan los hombres pues no tienen canal de parto, quizá vomiten.

—Pero usted lo debe saber, es Desempleada.

—Soy Desempleada, pero apenas llevo nueve meses en el oficio. La mayoría de la gente pide limpieza, peinados. Es de llamar la atención lo que la gente rehúye a las labores domésticas. Nadie pide que les escriba una novela, pinte un cuadro o pase en limpio partituras.

—Como hombre me ponían a colgar cuadros, quitar telarañas o arreglar toda clase de cosas rotas —Franco contestó un poco más animado.

La plática se agotó, era la primera vez que Franco extrañaba al canario, siempre era bueno para romper silencios incómodos. En busca de alguna palabra apropiada le pidió a la joven que regresara mañana.

La Mulata se marchó del departamento, durante el camino a casa, pensó que debería cuidar al enfermo. Se identificó con el sufrimiento del hombre encerrado en sí mismo; ella también había padecido su particular encarcelamiento. Escuchó unos perros bravos ladrar y como en desbandada le atropellaron recuerdos olvidados: su madre mientras la peinaba le decía —el amor lo cura todo—. La Mulata prefirió el olvido, con mueca irónica se acordó cuando pensaba que con amor podría cambiar las heridas ajenas. Con los pies bien plantados en el pavimento, susurró: —Error. Nadie cura el dolor ajeno, sólo sirve el consuelo y un poco de compañía.

Franco despertó cansado, más de lo acostumbrado. No tenía fuerza ni para pararse a orinar. La Mulata apareció en el umbral de la puerta. Se asustó al ver a Franco ardiendo en fiebre.

—¿En qué puedo ayudarte? —preguntó La Mulata.

—Necesito orinar, pero no puedo levantarme.

La Mulata le acercó la cubeta de la limpieza. Franco comenzó a pujar y le suplicó ayuda. Ella le puso compresas de agua fría y le colocó un palo de la escoba entre los dientes.

Franco expulsó un chorro de orina turbia y pestilente. Dio un gran alarido y salió una bola negra con muchas caras. Una cabeza de mil monstruos con el rostro de: su madre, su padre, su hermano, sus amigos, de la novia que lo abandonó, de La Mulata, del doctor de las elevadas cuentas, del canario, del Pelirrojo, y rostros desfigurados. Al tocar los orines la masa multiforme se desbarata como algodón de azúcar al contacto con el agua. Ambos se miraron como si el problema se hubiese resuelto.

La Mulata nerviosa y entusiasta le dijo que los dos se habían ayudado a parir sus problemas. Preocupada, miró que el hombre no mejoraba, tenía la cara pálida y los surcos de los ojos parecían embarrados de petróleo. Con apenas un hilo de voz Franco le susurró:

—Espera, no he acabado.

El dolor de la uretra aumentó, entre resoplidos y pujos intentó liberarse del sufrimiento. La Mulata miró coronar por la uretra la cabeza de un bebé. Franco pujaba con fuerza mientras ella jalaba la cabecita. La Mulata cayó de nalgas con el bebé en las manos, no había rastros de sangre ni cordón umbilical. El bebé con mirada inteligente los observó. Ella, con delicadeza, colocó al bebé en los brazos del padre. Los tres se miraron desconcertados: Franco se había parido a sí mismo.



II

La Mulata

Tras el parto del Pelirrojo, La Mulata liquidó a sus sirvientes, metió en un baúl los objetos que deseaba conservar y con una soledad en calma esperó alguna señal o idea que le indicara hacia dónde debía encaminar su futuro. En la espera llegó Franco sudoroso y enfermo, con premura le regaló los manuales, le escribió la carta de recomendación dirigida a Damián, mandamás de los agremiados. No olvidó darle consejos de utilidad como la eficiencia de la cinta de aislar, instrumento insustituible para corregir cualquier desperfecto. La Mulata escuchó con atención de alumna primeriza. Le recordó que tenía pendientes varias citas, a lo que él respondió aquejado, que por el momento estaba indispuesto, pero cedía su turno a sus amigos Desempleados; le dijo con cierta nostalgia que ellos siempre estaban hambreados de amor. La Mulata, con enojo, le contestó que se confundía de profesión, que lo sucedido entre ellos había sido un encuentro agradable y fortuito, que él la auxilió para desembarazarse de un terrible malestar; y algo de lógica había en querer disfrutar con su libertador. Franco con cierta congoja, le pidió tres disculpas y sin saber por qué, le dio una especie de bendición en la frente. No era una bendición cristiana, era algo así como un deseo de buena suerte. La Mulata aprovechó el incidente para pedirle permiso para dejar el pesado baúl en su departamento. Él aceptó sin pensar demasiado; le indicó al taxista que subiese el baúl y que partieran de inmediato.

La Mulata abandonó la casa con poco dinero, equipaje ligero y un maletín de Desempleada; dejó atrás el mármol para aventurarse a un futuro menos lapidario. Entre las cosas que le dio Franco se encontraba un mapa de la ciudad, a lápiz rojo se remarcaban caminos y lugares que ella intuía como inminente guía.

Llegó a un barrio desconocido, algo le recordaba a su ciudad de la infancia, nada tenía en común con las grandes casas y fraccionamientos lujosos donde la llevó a vivir el Hombre Poderoso. Tenía temor, la caminata en aceras desconocidas sin la protección de los ojos observadores de sirvientes o de la mano de un Hombre, le hacían patente la poca práctica para moverse en solitario. El mapa la llevó a la dirección del más experimentado del gremio. Era un hombre de 1.60, delgado, de mirada rápida y oídos atentos. De un vistazo la revisó; sin decir palabra, extendió la mano, ella le dio el papel de Franco. En cuanto miró la firma, la mirada nerviosa y atenta tomó un tono apacible. La hizo pasar dentro de una habitación, le ofreció algo de beber, un cigarro que ella negó, pero sí aceptó un chocolate para tener algo en la boca, ya que, las palabras se negaban a salir. El hombre le dijo que encontraría alojamiento en alguna casa, le entregó un papel con varias direcciones.

En el primer domicilio nadie contestó, la segunda la recibió un hombre con porte de poderoso, de inmediato rechazo el alojamiento. En el tercer sitio la recibió una niña con voz melindrosa, y pensó que podía encontrar algo mejor para pasar su tiempo de desempleo. En la cuarta dirección la recibió una mujer con cara de matrona renacentista, vientre abultado, brazos anchos, manos húmedas con olor a cloro; del interior de recinto salía un olor a jitomate y cebolla sofrita. La Mulata, obediente a su olfato, le dio el papel del más experimentado del gremio.

La mujer se llamaba Clara, parca pero amable, le ofreció alojamiento y una comida al día por un porcentaje de su sueldo. La Mulata asintió con la cabeza, posiblemente las pocas palabras, los ojos asustados y el porte de princesa africana, causaron buen efecto en la mujer. Ella le tomó la mano y le hizo saber que entendía que era su primer trabajo y que tenía mucho por aprender. Entraron por una puerta de madera que daba a un patio interno con

macetas viejas, pero bien cuidadas. El edificio era de tres pisos con varios departamentos y con un pasillo interior con vista al patio. Clara la condujo al primer piso donde una puerta estaba abierta, le dijo que dejara la maleta en el suelo, que la atendería después de terminar de cocinar. Le ofreció agua de limón y mientras hacía la comida, le contó que ella había sido sirvienta durante su juventud.

—Lo de ser sirvienta es muy parecido a ser Desempleada, haces de todo sin título de nada, vas de casa en casa, y cada patrona tienen sus modos y nunca les das gusto. No somos nada.

Continuó su historia mientras sazónaba una ensalada, le dijo que dejó de ser sirvienta cuando se lío con un Desempleado que la hacía de plomero; él se la llevo a la casa donde estaban, aprendió el oficio del Desempleo, y ahora hacía lo mismo que las sirvientas, pero en su casa y con sus huéspedes. Era su propia patrona y era llamada Desempleada, algo mucho más digno que simple servidumbre. Clara miró el reloj, hizo gesto de que andaba apurada y se apresuró a acomodar a su inquilina.

La habitación era estrecha, la cama diminuta, la cobija rústica y barata, sin mesa para poner el vaso de agua de la noche, sin closet para guardar la ropa; cajas de cartón apiladas servían de repisas, había una pequeña ventana. El baño estaba afuera y lo tendría que compartir con otros huéspedes. Al verse en una habitación así, recordó su cuarto de niña tan rodeada de flores y con velas multicolores para alumbrar la noche. Pensó en su cama de concubina en su gran casa de mármol; de pronto le brotó un llanto de niña mimada, pero casi de inmediato, se sintió poderosa de tener un cuarto que no proviniera de nadie más que de ella.

Inicio de una vida en el Desempleo

La primera solicitud de trabajo consistía en peinar a los hijos de una familia católica con doce hijos: diez niñas y dos hombrecitos. El padre, un gordo calvo con voz autoritaria, le dio un cuestionario para contestar.

1. ¿Va a misa los domingos?
2. ¿Utiliza algún método anticonceptivo, como el condón, anti-conceptivos hormonales, mecánicos o abortivos?
3. ¿Se masturba?
4. ¿Con qué frecuencia tiene pensamientos impuros?
6. ¿Es homosexual o tiene algún vínculo con gente enferma?
7. ¿Sabe peinar a la manera católica?

Al leer el cuestionario se acordó de uno de los consejos de Franco, —el Desempleado es una especie de Proteo, hay que adaptarse a las formas del empleador, no es mentir, es sólo adaptación al medio de trabajo—. La Mulata contestó el cuestionario como si quisiera conseguir empleo. El gordo pelón le hizo preguntas para confirmar sus respuestas.

—¿En verdad nunca se masturba? —el hombre miraba el busto bien puesto de La Mulata. Ella le dijo que prefería que le hablase a la cara, ya que sus senos no tenían la capacidad de emitir sonidos. El hombre carraspeó y cambió de tema. Le dijo que entonara una canción de misa y ella cantó:

“Oye Salomé, perdónalo, perdónalo”

El hombre escuchó la cadenciosa canción e imaginó la cabeza de San Juan Bautista en una charola, y a la seductora Salomé bailando la rítmica canción. Se persignó, el pensamiento impuro se le escapó de su redonda calva, el hombre lo tomó, lo enrolló y se lo fumó como si fuese un habano de la mejor calidad. Se olvidó del cuestionario y le ordenó que fuera al baño por cepillo y goma de

pelo para demostrar sus talentos. La Mulata observó como el falso católico le miraba contornear las caderas mientras rezaba un misterio del rosario y fumaba sus malos pensamientos.

Ella no se sentía bien en esa casa, pero era la primera oportunidad para el Desempleo, si Clara la había mandado ahí, sería por algo, una especie de prueba para ver si tenía el temple de soportar todo aquello. Había pensado en algo más agradable, los Desempleados eran la imagen perfecta del humano feliz; por supuesto pensó en Franco, lo imaginó ligero antes de caer enfermo. Pero Franco agonizaba en una cama y ella tenía que ganarse el título de Desempleada sin haber cursado estudios. En un baño impecablemente limpio, estaba una charola de plata con cepillos, peines, ligas de pelo y listones de colores poco llamativos.

El hombre hizo entrar a una de sus hijas, una joven regordeta con mirada vacuna y sonrisa estúpida; el padre le hablaba con dureza, pero en tono infantil. La niña venía recién levantada de la cama y con el cabello revuelto.

La Mulata con la seguridad de haberse peinado miles de veces, miró la melena de la regordeta niña y en unos cuantos segundos analizó el problemático pelo. La sentó con decisión, y comenzó a desenredar el cabello sin jalarle el cuero cabelludo para que su clienta no diera un gritillo de dolor o alguna queja.

El ambiente del hogar y la mirada inquisidora del padre le generaban incomodidad; para distraerse un poco, levantó la mirada y se encontró con un Cristo en pleno lamento, su llanto desembocaba en una fuente; pensó que quizá tanta lágrima era el resultado de sentirse tan poco comprendido en aquel hogar de fanáticos, él sólo quería que se amasen los unos a los otros. Aunado a la falta de comprensión doctrinal, el pobre crucificado se aburría hasta el hartazgo. Los ojos caídos del Cristo miraron con aburrimiento bestial el peinado de la niña. La Mulata compadeció al pobre Jesucristo. El padre de la niña carraspeó como diciendo que prestara atención a su trabajo. La Mulata se concentró en la cabeza de la niña y trasladó sus pensamientos a su infancia, lugar más confortable que el del doliente mesías. Recordó a su madre cuando le cepillaba el lacio cabello, su madre tenía el pelo tan rizado que era imposible pasarle

un peine. Mientras peinaba a la niña, recordó el día que la madre le dejó cepillarle su encrespado cabello; la cabeza pequeña y delicada se convirtió en una melena enorme. Aquel pensamiento se escapó de la cabeza de La Mulata, y como no lo podía fumar, como con anterioridad lo había hecho el falso señor católico, con rápido ademán, se lo metió a la boca, lo tragó para conservarlo. Se concentró en la cabeza de la niña de corte vacuno. Con fuerza y mucha goma, le estiró el pelo hasta hacerle dos trenzas gordas perfectamente simétricas, al final eligió dos moños del mismo color —tuvo la tentación de elegir dos diferentes colores para romper la dramática perfección, pero recordó a Proteo, y algo en ella, hizo que todo en la caballera careciera de grados de libertad—. Los moños eran sobrios, ni un pelo fuera de lugar, la raya era una línea perfecta, y los ojos de la niña estaban un poco achinados por la tensión del peinado. El padre, dio un sí aprobatorio.

Con una campana llamó a su esposa, era una mujer de paso firme, mirada de vaca parecida a la de la hija, regordeta, con falda larga, blusa holgada, arreglada sin excesos, más bien fea y con un fuerte humor corporal. El hombre hizo salir a La Mulata y la esposa miró el contoneo caderas de la peinadora, e hizo un gesto de desaprobación. De reojo, miró en un gran espejo sus caderas anchas y sin ritmo. Algo parecida a una rabia lejana y añeja de los años escolares le vino a la mente; abrió su bolso y se comió un pastelillo que traía envuelto en una servilleta. El hombre le dijo que pecaba de gula. La mujer con un —lo siento— guardó el pastelillo, al salir del salón se lo embutió de un sólo bocado. El matrimonio acordó poner a prueba a la Desempleada. De esa manera, La Mulata consiguió un pase de trabajo para peinar a los doce hijos de un matrimonio con planificación familiar.

El trabajo comenzaba a las cinco de la mañana, primero tocaba el turno a las hijas para luego terminar con los dos muchachos. A las niñas le variaba el peinado, mientras que, con los jovencitos, la rutina era siempre igual: les daba un masaje en su ancha cabeza y limitado cerebro, ellos sonreían y cerraban los ojos, luego les ponía abundante goma, con un peine de metal les partía la cabeza con

una raya en medio, orden del padre y los dejaba listos para salir a su vida llena de prohibiciones.

Acababa el trabajo a las ocho de la mañana, con poco dinero y bastante tiempo libre, recorrió toda la localidad. Al salir del hogar cristiano abandonaba la rigidez para sentarse en las bancas de un parque con sus colegas, había días que no le alcanzaba el dinero para comprar algo para el desayuno. Sus piadosos patrones no le permitían comer ni agarrar nada de la cocina, no estaba estipulado dentro del sueldo, ya que, por principio, el Desempleado carece de contrato: los tratos son al día, con dinero contante y sonante. En el parque siempre había alguien que le compartiese algo, y en ocasiones, ayudaba en una fonda a lavar trastes, poner la mesa y así recibía propina y cena. Clara le daba una buena comida, pero desayuno y cena no eran parte del acuerdo.

Pasaron tres meses y Clara estaba sorprendida que no hubiese recibido queja alguna de la familia católica, era la prueba para conocer la resistencia de la persona que deseaba ser Desempleado. Era el trabajo con mayor deserción; y para colmo del asombro, a su inquilina le habían regalado uniforme y zapatos con suela de goma. Clara pensó que quizá su protegida no era una Desempleada de cepa, pues todo buen Desempleado tenía baja tolerancia al maltrato, al abuso y al autoritarismo. Pero algo le decía que La Mulata pertenecía a ellos y debía de tener alguna treta bajo la manga. Clara le preguntó a La Mulata si no se encontraba cansada de aquel hogar tan virtuoso, pues no había quién durase más de un mes sin tener alguna queja del trabajo. Clara, movía los abultados brazos haciendo grandes aspavientos mientras deshebraba pollo y sin levantar la mirada le dijo que le confesara que había hecho para sobrevivir a dicho infierno.

La Mulata tuvo un maquiavélico maestro de vida: el Hombre Poderoso. Él le enseñó que para sostener el poder había que conocer las debilidades del otro. De manera empírica aprendió la lección, con ojo experto desentrañó los vicios de cada uno de los habitantes de la casa. Al peinar mecánicamente a las diez niñas, escuchaba los ruidos del hogar; comenzó a conocer los casi inmutables cambios de la rutina. Ella debía llegar a las cinco de la mañana,